

November 24, 2011

La Navidad, un encuentro con Jesús

Jorge Adame Goddard

LA NAVIDAD, UN ENCUENTRO CON JESÚS¹

Por Jorge Adame Goddard

La Navidad ocurrió hace ya más de dos mil años, en Belén de Judá, cuando nació de María el Niño Dios, un niño que es a la vez Dios, y que es el Salvador prometido y esperado por los que confiaban en Dios. Fue un gran acontecimiento, pero sucedió sin ningún estrépito, y solo unos cuantos hombres y mujeres se dieron cuenta de lo que pasaba. Hoy, en este siglo XXI celebramos un aniversario más de esa Navidad, pero sucede ahora lo mismo que ocurrió entonces, que solo unos pocos se dan cuenta de lo que realmente significó y significa el nacimiento del Niño Dios, del Mesías, del Salvador del mundo. ¿Por qué pocos lo reconocieron y pocos lo reconocen ahora aun cuando han oído hablar de Él?

Para encontrar una respuesta, conviene reflexionar sobre los primeros hombres, aparte de José y María, que reconocieron al Niño Dios, sobre aquellos pastores de los que habla el Evangelio de San Lucas (Lc. 2,8-20).

En los alrededores de Belén, que era zona de pastoreo, en la noche que nació Jesús había unos pastores que cuidaban sus rebaños por turnos: unos velaban y otros dormían. A ellos, relata San Lucas, se les apareció un Ángel, de manera gloriosa, y ellos se llenaron de miedo, pero el Ángel los apaciguó y les dijo: no teman, les vengo a dar una noticia gozosa, para ustedes y para todo el pueblo: que hoy, en Belén, la ciudad de David, ha nacido el Salvador, el Cristo, el Señor, y como signo de la veracidad de este anuncio les doy esta señal: encontrarán un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre.

Quizá un lector actual, al leer acerca de la aparición de un Ángel, espontáneamente piense: eso no pudo ser verdad, se trata de un relato fantástico o fabuloso, pues los ángeles no existen, son simplemente seres imaginarios. Pero los pastores juzgaron de otra manera; ellos sabían, por su tradición religiosa, que el Dios único y omnipotente ama al pueblo de Israel, especialmente, y a todos los pueblos, de modo que veían como algo normal

¹ Derechos Reservados © Jorge Adame Goddard. Se autoriza su reproducción, publicación, impresión o edición, total o parcial, para fines públicos o privados.

que Dios se preocupara de los hombres y les hablara directamente o por medio de mensajeros que Él mismo creó y que son los ángeles. Hoy hay muchos que no creen en el amor de Dios (aunque no nieguen su existencia), y por eso no creen que Él pueda hablarles por medio de sus ángeles, de sus padres, de sus amigos, o directamente en la conciencia personal.

Los pastores escuchan el anuncio del Ángel de que vendrá el Salvador, y entienden de qué se trata, porque son pequeños y saben que necesitan ser salvados por el poder de Dios para verse libres del dolor, de la muerte y del pecado. ¿Qué necesidad de un salvador tienen quienes confían en sí mismos, en su riqueza, en su poder, en su ciencia o en su fama? Quienes no tienen la humildad de saberse necesitados (basta recordar que uno no se dio la vida a sí mismo), no necesitan ser salvados, ni pueden reconocer al Salvador; la autosuficiencia los ciega.

Cuando desaparece la visión del Ángel, los pastores reaccionan de modo congruente con la confianza que tienen en el mensaje recibido del Señor por medio del Ángel. Entonces se ponen en marcha para ver lo que han oído y creído. Y encuentran a María, a José y al Niño, tal como lo había predicho el Ángel, “recostado sobre un pesebre”. Como tienen fe en el mensaje recibido, descubren que ese niño recién nacido, es el Salvador, el Mesías prometido. ¿Cómo podría ser, preguntaría un hombre contemporáneo, que un recién nacido en circunstancias de extrema pobreza sea el salvador del mundo? ¿Con qué poder o medios podría salvarlo? Los pastores sabían que el anuncio provenía de Dios y que era verdadero, como lo demostraba empíricamente el hecho tan sencillo de encontrar al niño recostado en un pesebre, y confiaban que serían salvados por Dios, quien todo lo puede. Quizá hoy no se ponga en duda la omnipotencia de Dios por aquellos que reconocen su existencia (o al menos no la niegan formalmente), pero se imaginan que es un Dios lejano, que no se interesa por los asuntos humanos, y que ha dejado a los hombres solos para que vivan como puedan. La indiferencia que tienen por las palabras y mensajes que Dios les envía, la sostienen como una respuesta a la supuesta indiferencia de Dios por ellos. Oyen el mensaje, pero no responden.

El relato termina con la indicación de que los pastores, después de ver al Niño, se volvieron a sus casas dando gracias a Dios por todo lo que habían visto y oído. ¿Qué fue lo que recibieron los pastores? No recibieron dinero, ni poder,

ni cosa material alguna. ¿De qué dan gracias entonces? De que han visto al Salvador, esto es de que ha llegado el tiempo en que el mundo, no solo el “planeta” sino toda el universo conjuntamente con todos los hombres, será salvado. Quienes reconocemos al Salvador del mundo en el Niño recostado en el pesebre, tenemos, como los pastores, la esperanza cierta de que en «poco» tiempo («poco» desde la perspectiva divina, en que mil años son como un instante) vendrá Jesús con poder y gloria, dará a cada uno según sus obras y hará un nuevo cielo y una nueva tierra.

Hoy, como hace dos mil años, Dios envía mensajeros a todos los hombres y mujeres de todos los pueblos, a recordarles la noticia gozosa de la salvación del mundo. A todos nos conviene, especialmente hoy día 24 de diciembre, recordar estas palabras tuyas: “He aquí que estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap. 3,20).